

ARQUEOLOGÍA: la reconstrucción de la cultura



La investigación para el conocimiento del pasado a partir de restos materiales y la preservación de un patrimonio común que nos distingue e identifica como cultura, constituyen objetivos fundamentales de los estudios arqueológicos actuales.

Luis Alberto Martos López

Existe la idea generalizada de que la arqueología es simplemente la recuperación de objetos antiguos. Si bien es cierto que en sus inicios esta profesión nació de la actividad de los anticuarios y del explorador-coleccionista, hace ya mucho tiempo que evolucionó como disciplina y gradualmente ha ido definiendo sus propios objetivos y desarrollando técnicas de investigación y análisis, de forma que en la actualidad se ha constituido como una verdadera ciencia.

Si la definimos de acuerdo a su significado etimológico, de las raíces *arqueos*, antiguo; *logos*, tratado; e *ía*, ciencia, generalidad, diríamos que es la ciencia o disciplina que trata del estudio de las cosas antiguas. Pero la arqueología va más allá, y bajo un enfoque más amplio podríamos decir que, al igual que otras ramas de la antropología, estudia la conducta humana, pero lo hace principalmente a través del

análisis de los restos materiales que el propio hombre ha producido a lo largo del tiempo.

La arqueología entonces se dedica a la reconstrucción de la cultura y al estudio y análisis de los procesos sociales; investiga el largo camino que el hombre ha seguido desde sus orígenes hasta nuestros días, así como las estructuras económicas, políticas y sociales que ha generado a lo largo de ese andar.

Desde este punto de vista, la arqueología no sólo estudia sociedades antiguas o desaparecidas que no dejaron testimonio escrito de su historia, sino que estudia incluso sociedades modernas.

Por ello, además de desarrollar sus propias técnicas para la recuperación sistemática de información, se apoya también en el estudio de documentos históricos y datos etnohistóricos, etnológicos y antropológicos en general, que se constituyen como fuentes auxiliares muy valiosas.

El arqueólogo estudia los restos materiales, pero no por el objeto en sí mismo, sino por lo que éste significa culturalmente para la sociedad que lo creó. Por ello pone especial énfasis en el estudio del contexto en el que se encuentra, pues del análisis detallado del mismo se obtendrá información sobre la acti-

vidad y conducta humanas. Una hermosa y artística vasija fuera de su contexto es solamente eso, pero un simple fragmento de cerámica ubicado dentro de un contexto puede decir mucho acerca de una sociedad. En este sentido, podemos decir que los restos materiales tienen para el arqueólogo un valor testimonial y documental, pues tienen la capacidad de transmitir información desde el pasado, en tanto son reflejo de la cultura que los creó.

Un trabajo arqueológico es un largo proceso que incluye varias etapas que podrían resumirse en cuatro: investigación documental, prospección, excavación y análisis de gabinete.

La investigación documental incluye desde la selección de un área o un sitio de trabajo, el planteamiento del problema a estudiar y la formulación de un proyecto de investigación, pasando por la recopilación de información en archivos técnicos, históricos y bibliotecas, y el trabajo de campo y estudio de los materiales en el laboratorio, hasta la conclusión y universalización de los nuevos conocimientos.

El trabajo de prospección incluye análisis de cartografía y fotografía aérea, recorridos de superficie por el área de estudio para la localización sistemática de sitios arqueológicos o para el reconocimiento de un sitio en particular, el desarrollo de pruebas y análisis químicos o físicos de prospección para detectar anomalías o áreas de actividad en un terreno, y la recolección de materiales arqueológicos en superficie y el análisis de los mismos.

La excavación se planea una vez realizadas las etapas anteriores, cuando ya se tiene un *corpus* de información con base en el cual se puede elegir el lugar idóneo para la exploración. El proceso de excavación debe realizarse meticulosamente, pues hay que recordar que se trata de estudiar los contextos; por ello, en todo momento se lleva un control detallado del proceso, así como un minucioso registro de todo elemento cultural que se encuentre. Cuando se trabaja en sitios monumentales, por lo general, paralelamente al proceso de excavación, se desarrolla un trabajo de restauración para la preservación de las construcciones que quedarán expuestas.

Después del trabajo de campo, ya en laboratorio, se analizan los materiales obtenidos tanto en la prospección como en la

excavación; se trazan los planos de los sitios y los dibujos de la excavación; se redactan los informes y se integra y procesa toda la información, interpretando y llegando a conclusiones que finalmente serán publicadas en libros o artículos, o serán expuestas en ponencias y conferencias.

¿Para qué hacer arqueología? Ésta es una pregunta que se formula mucha gente, y cabe responder que los vestigios arqueológicos deben ser considerados y apreciados como documentos valiosos para la historia de una nación, en tanto que reflejan los esquemas culturales que los produjeron y manifiestan,

por ende, los esfuerzos de una cultura para adaptarse a su entorno, para sobrevivir, para evolucionar. En otras palabras, los restos arqueológicos encierran códigos que permiten la reconstrucción de las formas de vida y cultura que nos precedieron. La conciencia sobre el propio pasado debiera ser una premisa importante para cualquier sociedad, porque éste forma parte de su cultura y se constituye por tanto en un patrimonio común sobre el que debe cimentarse su identidad. La arqueología trata entonces de explicar de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos; de conocer el pasado para entender el presente y prever el futuro.



Un simple fragmento de cerámica ubicado dentro de un contexto puede decir mucho acerca de una sociedad

Es a finales del siglo XVII cuando renace el interés por la historia prehispánica de México



Máscara de barro que muestra la dualidad vida-muerte. Cultura tlatilquense, hacia 700 a. C.; Valle de México.

En el caso particular de México, se tienen datos de que en la época prehispánica ya se realizaban excavaciones con la finalidad de obtener objetos antiguos. En Teotihuacan, por ejemplo, se han descubierto tanto calas como túneles sobre algunas estructuras, que fueron practicados después del abandono de la ciudad. Lo mismo sucede en algunos sitios mayas como Hormiguero, en Campeche, y aun en las excavaciones del templo mayor de México se recuperaron objetos toltecas, teotihuacanos e incluso una máscara olmeca, que debieron obtenerse por esos mismos medios y que fueron posteriormente ofrendados.

Durante la conquista española, en el siglo XVI, surgió un fuerte interés por la historia y las costumbres de los pueblos indígenas, por lo que se escribieron importantes relaciones, crónicas y tratados sobre muy diversos temas. Pero en el fondo lo que se buscaba era llegar a conocer mejor al indígena para penetrar en su forma de pensamiento y facilitar de esta manera la evangelización. Después de esta etapa, la historia y la cultura indígenas fueron olvidadas.

Es a finales del siglo XVII cuando renace el interés por la historia prehispánica de México, movimiento promovido principalmente por don Carlos de Sigüenza y Góngora, célebre matemático, cosmógrafo, astrónomo e historiador, quien llegó a estudiar y a conocer las lenguas indígenas y a profundizar en el estudio de las antigüedades. Se comprometió a escribir una historia completa sobre los chichimecas y trató de interpretar y descifrar las fechas de los monumentos antiguos, pero desgraciadamente la mayor parte de sus obras se han perdido y sólo se conservan fragmentos. Fue precisamente este erudito quien llevó a cabo la primera exploración con fines científicos de que se tiene noticia en nuestro país, pues en 1675 excavó un túnel en la pirámide de la Luna en Teotihuacan, con la finalidad de demostrar que se trataba de una obra construida por los antiguos mexicanos. Al parecer el túnel se mantuvo abierto por casi dos centurias, pues todavía a finales del siglo XIX el historiador Alfredo Chavero llegó a plantear la posibilidad de que las pirámides de Teotihuacan tuvieran cámaras interiores, observando el hueco en la pirámide, que erróneamente pensó era prehispánico.

Con el ascenso de Carlos III de Borbón al trono de España, llegó también la Ilustración y con ella un nuevo movimiento filosófico que consideraba que el hombre había sido corrompido por la civilización y había que estudiar a los pueblos primitivos para descubrir al “buen salvaje”. Estas ideas provocaron por supuesto un resurgimiento del interés por lo antiguo.

Carlos III había sido rey de Nápoles, y como tal había animado a la búsqueda de Pompeya, ciudad romana ahogada por la lava del Vesubio en el año 79 de nuestra era. De su inclinación por las antigüedades surgieron dos tendencias: un intento por reunir, salvar y publicar todo lo que existía en los archivos, y un marcado interés por emprender viajes con el fin de buscar lugares exóticos.

Como resultado de este movimiento, el virrey Bucareli de la Nueva España ordenó que todos los documentos antiguos se reuniesen y conservasen en la universidad, donde podrían ser consultados por los estudiosos. Entonces el propio Carlos III, en 1786, comisionó al capitán Antonio del Río para que visitara

las ruinas de Palenque con el fin de realizar un informe completo de lo que ahí había, tarea que trató de cumplir tan bien que no dejó “piso sin levantar ni cuarto sin remover”, como él mismo asevera en su informe.

En 1790, durante las obras de mejora y embellecimiento de la plaza mayor de la ciudad de México, se realizaron dos importantes hallazgos que aumentaron ese interés por nuestro pasado. El 13 de agosto y el 17 de diciembre de ese año se descubrieron las esculturas de la Coatlicue y la piedra del sol o calendario azteca.

Por órdenes del virrey Revillagigedo, la primera fue trasladada al edificio de la universidad, mientras que la segunda se colocó en la base de la torre oeste de la catedral. Los frailes dominicos, a cuyo cargo estaba la universidad, decidieron enterrar la escultura en el patio, para no exponerla a los ojos de los estudiantes y despertar en ellos un sentimiento nacionalista que representara un problema político. Entre 1803 y 1804, el barón Alejandro de Humboldt recorrió diversos lugares de la Nueva España con la finalidad de visitar sitios arqueológicos y estudiar monumentos antiguos. Debido a su interés por examinar la escultura de la Coatlicue, obtuvo el apoyo de su amigo el obispo Linares para que la pieza fuera desenterrada y expuesta nuevamente.

A principios del siglo XIX se creó la Junta de Antigüedades, cuya dirección se encomendó al célebre explorador Guillermo Dupaix. Posteriormente, en 1822, se estableció en el edificio de la universidad el Conservatorio de Antigüedades, que por órdenes del presidente Guadalupe Victoria se convirtió en Museo Nacional en 1825. Poco después, en 1827, se expidió una primera ley que prohibía la extracción de piezas arqueológicas de la República Mexicana, y a partir de este momento las antigüedades quedaron bajo la tutela y protección del Estado.

El siglo XIX constituyó un importante antecedente para la historia de la arqueología en México, pues a lo largo del tiempo la visita de los exploradores se hizo cada vez más frecuente. De este periodo podemos mencionar al conde Maurice de Perigny, a Frederick Waldeck, a John Lloyd Stephens —quien en compañía del dibujante Frederick Catherwood recorrió prácticamente todo Yucatán y Centroamérica— a Desiré Charnay, a Alfred Maudslay, considerado como el primer arqueólogo moderno, y a William Holmes, entre muchos otros.

En 1875 se nombró a Leopoldo Batres inspector de monumentos de la República, convirtiéndose en el arqueólogo oficial del porfiriato. Hombre controvertido, pero fiel representante de su tiempo, su mayor mérito tal vez sea el haber sido un arqueó-

logo pionero que también por vez primera consiguió fondos del Estado para realizar trabajos de arqueología. Aunque con técnicas muy deficientes, realizó diversos trabajos en Monte Albán, Xochicalco, Huexotla, la Garita de San Lázaro y otros sitios del valle de México. Excavó incluso las ruinas de templo mayor durante los trabajos de introducción de drenaje en la calle de Guatemala, pero nunca lo supo, pues pensó que se trataba de las ruinas de otro templo de Tenochtitlan. Sus trabajos más importantes fueron sin duda alguna los de Teotihuacan, iniciados en 1905 con motivo de la celebración del centenario de la Independencia.



Figurilla de barro de la isla de Jaina, Campeche. Horizonte clásico, entre 600 y 650 a. C. Se utilizaba como acompañante funerario, en vez de sacrificar personas o animales como se acostumbraba antes.

El siglo XIX constituyó
un importante antecedente
para la historia de la
arqueología en México

En 1939 se fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia



Teoyaomiqui, deidad mexica encargada de llevar a las almas de los guerreros y los sacrificados al cielo del Sol. Fechada entre 1325 y 1521.

El 20 de abril de 1911 inició sus actividades la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, creada para la formación de especialistas. De esta escuela surgió el gran arqueólogo don Manuel Gamio, quien en 1912 realizó sus primeros trabajos en San Miguel Amantla, municipio de Azcapotzalco, y por primera vez en nuestro país excavó aplicando la técnica estratigráfica.

En 1917 Gamio dirigió el recién creado Departamento de Arqueología y Etnografía, que

en 1919 se convirtió en Dirección de Antropología, y durante este periodo realizó exploraciones en Copilco y posteriormente desarrolló un importante proyecto integral en Teotihuacan, utilizando para la excavación los mismos principios metodológicos y realizando restauraciones sin ningún tipo de reconstrucción; los resultados de sus investigaciones se publicaron en 1922 bajo el título de *La población del valle de Teotihuacan*.

En 1923, Gamio dejó la arqueología para dedicarse al indigenismo, pero sus discípulos, encabezados por el ingeniero Regadas Vértiz, continuaron explorando y restaurando sitios arqueológicos bajo los mismos principios.

En 1926 se creó la Dirección de Arqueología, que en 1929 se transformó en Oficina primero y después en el Departamento de Monumentos Prehispánicos, en 1931.

Durante este periodo hubo mucha actividad en cuanto a trabajos de arqueología, de los que mencionaremos los de Cuicuilco en 1923, realizado por Cummings, y los de Zacatenco, Ticomán y El Arbolillo, que llevara a cabo Vaillant; los de Caso, Marquina, Noguera y Palacios en Tenayuca, en 1925, y los de Kroeber, Vaillant y Linné en Teotihuacan entre 1928 y 1929.

Desde la década de los 20 se había iniciado una tendencia oficial en la arqueología mexicana que se prolongó por varios años: la de la reconstrucción monumental, en la que se pretendió comprender los restos arqueológicos para fundamentar la reconstrucción de los monumentos con un fin didáctico y como una forma de recuperación del pasado nacional.

Esta corriente fue encabezada por Alfonso Caso, quien entre 1931 y 1949 realizó excavaciones y reconstrucciones en Monte Albán, y junto a quien se formaron otros importantes arqueólogos como Jorge Acosta, Daniel Rubín de la Borbolla, Hugo Moedano, Ponciano Salazar, Alberto Ruz y Carlos Margáin, entre otros.

En 1939 se fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), por decreto del presidente Lázaro Cárdenas, y poco tiempo después la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), de la que han surgido varias generaciones de grandes arqueólogos.

A raíz de la guerra civil española, llegaron a México varios investigadores cuyo aporte para la arqueología fue muy importante. De ellos mencionaremos a Pedro Armillas, quien trataba de ordenar la cronología y periodificación de las culturas prehispánicas; don Pedro Bosch Gimpera, quien había sido rector de la Universidad de Barcelona y era un profundo conocedor de la arqueología del viejo mundo; Ángel Palerm, interesado

en el estudio de los sistemas agrícolas, y Juan Comas y Santiago Genovés, antropólogos físicos.

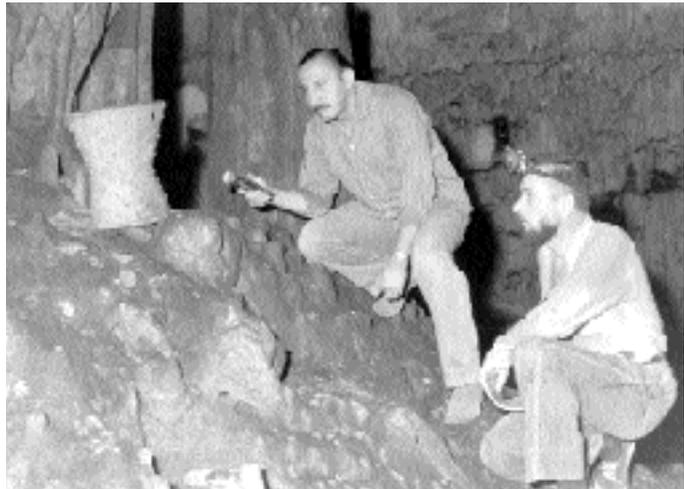
En 1951 se graduó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia un joven e inquieto arqueólogo que con el tiempo desarrollaría una exitosa y brillante carrera y llegaría a convertirse en un importante representante de la arqueología mexicana. Me refiero a Román Piña Chan, quien hizo importantes aportaciones tanto en el planteamiento de problemas, definición de conceptos, periodificación y cronología, como en la restauración de sitios arqueológicos. Aunque su obra es muy vasta, pues realizó trabajos prácticamente por todo el país, entre sus principales aportes mencionaremos el magnífico estudio que realizó sobre el periodo preclásico, que en aquel entonces no estaba muy bien definido, y que desarrolló como trabajo de tesis. En 1967 publicó *Una visión del México prehispánico*, trabajo en el que demuestra su visión totalizadora del México antiguo y su brillante capacidad interpretativa. De sus trabajos de exploración y restauración, sin duda alguna los más importantes son los que realizó en Tzintzuntzan, Tingambato, Teotenango, Uxmal, Jaina, Xpuhil, Chicanná y Becán.

Piña Chan fue además, a lo largo de toda su carrera, un brillante profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Su lamentable fallecimiento en el 2001 fue también una gran pérdida para la arqueología mexicana.

Desde finales de los sesenta y a lo largo de los setenta, surgió una importante posición en contra de la tendencia reconstructiva de la arqueología oficial mexicana, y se pugnó por una arqueología científica, con principios teóricos y metodológicos bien definidos. De igual forma, en materia de restauración se desechó toda posibilidad de reconstrucción, y en oposición a una posible "falsificación", se optó por el "respeto a la ruina": la consolidación de las estructuras tal y como se encuentran durante la excavación. Ésta es la actual tendencia para la conservación del patrimonio nacional.

Para concluir, podemos decir que la arqueología moderna en México es el resultado de un largo proceso de aprendizaje en el que se han podido definir claramente sus objetivos como disciplina antropológica y su marco teórico-metodológico.

La investigación de nuestro pasado, la protección de nuestro patrimonio y el poner ese conocimiento y ese legado a disposición y beneficio de nuestra sociedad es tal vez la responsabilidad más grande de nuestra arqueología.



El doctor Piña Chan, en la cueva de Balankaché, alumbra con su linterna un brasero dedicado al culto a Tláloc, que hace diez siglos quemaba copal.

Bibliografía

- Bernal, Ignacio, (1952^a), "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha", en *Cuadernos americanos*, vol. 65, pp.121-145.
- Bernal, Ignacio, (1952^b), "Cien años de arqueología mexicana, 1780-1880", en *Cuadernos americanos*, vol. 62, pp.137-151.
- Matos Moctezuma, Eduardo, (1979), "Las corrientes arqueológicas en México", en *Nueva antropología*, México, núm. 12, pp. 7-25.
- Matos Moctezuma, Eduardo, (2001), "La antropología en México", en *Ciencia*, México. Academia Mexicana de Ciencias, octubre de 2001, pp. 36-43.
- Pérez Campa, Mario, (2001), "Arqueología", en *Diario de Campo*, suplemento, noviembre de 2001, México, Coordinación Nacional de Antropología, INAH, pp. 12-20.

Luis Alberto Martos es arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Ha trabajado en múltiples sitios de la República Mexicana, así como en diferentes países centro y sudamericanos. Se ha especializado en investigaciones arqueológico-espeleológicas, y en la actualidad es jefe de las exploraciones de la costa de Quintana Roo, donde se han encontrado numerosas novedades de las culturas mayas de los periodos clásico, epiclásico y posclásico.